

HERNAN GALINDO

Círculos en el Jardín

Obra en un acto

Premio Nacional Obra de Teatro 2004

Instituto Nacional de Bellas Artes - Gobierno de Baja California

Para mi padre

“Yo, en cambio,...., prefiero viajar alrededor de mi jardín.”

Federico García Lorca

Diálogo con Luis Buñuel

Personajes:

JACINTO

MALVA

EDUARDO

LILA

ALBAHACA

LEONARDO

VIOLETA

TELMO

PORFIRIO

HORTENSIA

La acción se desarrolla en un paisaje sin horizonte. Vacío, tan gris como el cielo nublado, blanco como la leche, azul y bordado de luces como una galaxia, pero sobre todo árido y verde como un vergel en transición del desierto al Edén, del otoño al verano. A veces invernadero exótico, a veces patio de botica y yerbería. Un muro practicable de concreto.

Cuadro Primero

Terruño

En la oscuridad escuchamos el frenar de un ferrocarril, silbato, después los cascos de las mulas que estiran una carreta. Al nacer la luz vemos un sol anaranjado, candente. Al centro del escenario, sentados sobre un baúl de viaje, acompañados por un parasol y una máquina de escribir pequeña, están Jacinto y Malva. Ambos lucen agotados.

JACINTO: *(Suspira)* ¿Se da cuenta? Somos la raíz.

MALVA: ¿Cree?

JACINTO: Quisiera saber si algún día nuestros tataranietos se preguntarán si nosotros sabíamos que somos la raíz.

MALVA: Y a quién le importa. Mírese bien, estamos viejos. Ya casi tenemos treinta años y... ni siquiera le he dado un hijo.

JACINTO: *(Le toma la cara entre las manos)* Los hijos suyos y míos están guardaditos dentro de nosotros. Van a salir, van a estallar como las flores de un naranjo. *(La besa. Ríe)* Es usted una vaina llena de frijolitos verdes. Van a poblar desde aquí hasta mas allá del horizonte...

MALVA: ¿Cuál horizonte? Ni lo veo con tanto sol...

JACINTO: *(Eufórico, feliz)* Las verdaderas bondades que se nos han regalado casi nunca pueden verse. Se viven. No necesita ver a Dios para saber que existe, ¿verdad?

MALVA: *(Tierno reproche)* Jacinto.

JACINTO: Desde aquí hasta el horizonte, Malva. De aquí a la eternidad. Desde este terruño... *(Levanta un puño de tierra)* hasta la inmensidad. *(Deja caer la tierra haciendo un montoncito en un punto clave de la escena)*

MALVA: *(Sonríe)* ¿Cómo decirle que no? Su sonrisa llena este desierto... *(Se angustia)* ¿Y cuando sea de noche?

JACINTO: *(Se sienta junto a ella refugiándose en su pecho)* Lo alumbraremos con sus ojos. Brillarán más fuerte que mil linternas de petróleo, más que todas las estrellas.

Súbitamente el cielo cambia su tono, ambos se quedan quietos; ondas sonoras extrañas como de estática navegan en el aire. Por el fondo Eduardo cruza en su bicicleta de montaña, entra veloz y frena, viste su overol deportivo en colores fuertes, casco, lentes de espejo. Bebe de su cantimplora. Reinicia la marcha y sale.

MALVA: ¿Qué le pasa? ¿Quiere agua?

JACINTO: Nada. Un viento frío. Como de espantos.

MALVA: *(Ríe)* ¡Aquí! Está loco. *(Gris)* Ay, Jacinto ¿qué hacemos en medio de este infinito de tierra resquebrajada y seca?

JACINTO: Escribimos un nuevo capítulo. Echamos a andar la cuerda. Movemos por primera vez el péndulo de este reloj de adobe abandonado. (*La toma entre sus brazos*) Escuche los violines, la pianola... (*Bailan*)

Ríen. Los envuelve una nube del polvo que levantan sus zapatos. Una bola hecha con ramas del desierto danza por el fondo buscando su rumbo.

MALVA: (*Agitada vuelve a sentarse. Ríe*) Basta. Me duele el corazón.

JACINTO: (*Señala al frente*) Mírela, tiene muros gruesos. Este lodo es bueno.

MALVA: Hacer de una ruina una casa...

JACINTO: (*Súbitamente serio*) Fue una buena compra. (*De pronto alegre, toma el parasol*) ¡Fundación! (*Traza con la punta un círculo alrededor de ella y del equipaje*) ¡Aquí! Hasta aquí llegará la acequia y le pondré una fuente. Para que crezcan sus higueras, allá las frutas, aquí los geranios. Los animales... Los niños corriendo... (*Casi agotado*) Recuérdelo siempre, Malva, este círculo es el centro del universo. (*La besa*) Le regalo el universo.

MALVA: (*Lo abraza. Suspira con tristeza*) Jacinto, pero si no tenemos nada.

JACINTO: Un baúl con su ajuar de novia para acordarnos siempre que somos uno hasta la muerte, mi máquina para escribir la historia y un parasol que haga de techo mientras le construyo el bueno.

MALVA: (*Para ella*) ¿Vestiremos de novios? ¿Comeremos letras? Ay, Dios.

JACINTO: Me pregunto si nuestros tataranietos se acordarán que somos la raíz. Me pregunto si algún día, tan siquiera, llegarán a pensar en nosotros.

MALVA: Y a quién le importa. Los muertos, al pasar los años, son menos que una mota de polvo.

JACINTO: (*Silencio. La mira*) Si nos volvemos motas de polvo... quiero flotar a su lado.

Un rayo de luz ilumina el puñado de tierra.

Cuadro Segundo

Laptop

El muro de concreto aparta el desierto. Lila se sienta en el piso con su laptop. Eduardo entra cargando su bicicleta. Pisa la tierra y la esparce.

LILA: (*Sin verlo*) Ya trajiste tu tierra. Me ensucias el piso.

EDUARDO: ¿Y? Ya pronto tumban todo. ¿Toño?

LILA: Viene de la natación. Tienes un e-mail. Sobre lo del árbol genealógico. Dicen que se llamaba Malva, pero que algo pasó y se perdió.

Eduardo deja caer, a propósito, la bicicleta.

EDUARDO: Me encabrona que abras mis correos.
LILA: *(Enfadada)* Carajo. Si no lo ibas a soportar para qué lo provocaste.
EDUARDO: *(Irónico)* Se ve que sufriste.
LILA: Bueno ya. Tú no te la pasaste nada mal. *(Puerta que se cierra)* Toño, límpiame los zapatos... Te vi cómo gozabas...
EDUARDO: *(Bajo)* No me interesa que mi hijo sepa qué hace su...
LILA: Hicimos. Los dos.
EDUARDO: Yo soy... tú eres mi mujer.
LILA: Ah, qué bien, Eduardo, no me vengas. *(Irónica)* Tú eres el macho, yo la señora corrección... No jodas, eh.

Un relámpago se filtra por alguna parte, enseguida un trueno ensordecedor.

EDUARDO: La que jode eres tú... y bastante bien. *(Pausa. Lila sale)* Ella no ha dejado el tema en toda la semana.
LILA: *(Afuera)* Parece que está muy contenta y no como nosotros con el remordimiento...
EDUARDO: Oye, por favor, está bien que te gustó pero no seas descarada.
LILA: Imbécil. *(Regresa con un paraguas)*
EDUARDO: Hijo... hijo ven a saludar a tu madre. *(Irónico)* Tiene algo que decirte.

Pausa. Por el extremo contrario a donde se escuchan los ruidos del niño entra Albahaca con su vestido de primera comunión, lleva una regadera. No la ven.

LILA: Es la última noche. Mañana tenemos que desalojar el edificio.
EDUARDO: Una avenida. Cabrones. ¿Adónde se va todo? Todo lo que era. Somos lo que fueron. Partidos por una avenida.
LILA: Tú aceptaste el cheque.
EDUARDO: No tengo dinero...
LILA: Desde que lo dejaste todo por esa estupidez de averiguar el pasado...
EDUARDO: *(Se sienta en cuclillas y se abraza la cabeza)* Lila, ¿por qué no te negaste?
LILA: Cuántas veces me dijiste mojigata. Me dio asco. *(Lo imita)* Nomás una vez. Un *menage*. Pensé que con eso nos salvaríamos. Veo que no.
EDUARDO: Y... ¿Don Telmo?
LILA: Ni siquiera dijo adiós. El viejo desapareció. *(Antes de salir)* Desde mañana Toño y yo nos vamos con mi familia. Tú... no sé. *(Sale)*

Un trueno más.

EDUARDO: Aquí están mis muertos. La tierra en mis zapatos. *(Albahaca se sienta junto a él)* Los vehículos van a cogerse a mi pasado; ¿cuántos por segundo? ¿Adónde se van a meter los fantasmas? *(Toma la laptop)* Quisiera escanearlo

todo y llevármelo aquí. Para siempre. (*Sonríe triste*) En el disquete de la memoria. Me pregunto... si los tatarabuelos pensarían que sus descendientes serían gente como nosotros. ¿Pensarían alguna vez que nosotros pensaríamos en ellos? (*Otro trueno*) Lila... se te olvidó el paraguas.

Un rayo de luz sobre el paraguas.

Cuadro Tercero

Lluvia

El muro desaparece. Jardín tropical cobijado por celosías y cristales sucios de viejo invernadero. Afuera azota la lluvia. En el entorno flota un vaho pesado. Una silueta de hombre cruza por el fondo, en sus manos lleva unas tijeras enormes, de jardinero.

Albahaca recoge el paraguas y lo moja con su regadera, luego lo pone en la mano de Violeta que entra precipitadamente. Albahaca sale. Violeta ríe, está un tanto alcoholizada. Sacude el paraguas. Enciende un cigarro. Un ruido de algo que se cae.

VIOLETA: Telmo... ¿es usted?

De entre las sombras sale Leonardo, lleva sombrero aunque va en camiseta y tirantes. Se ríen. Se besan.

Leonardo: (*Chista*) Sht ...sht... Violeta.

VIOLETA: Por ahora no necesito un pararrayos, Leonardo. Venga mañana.

LEONARDO: (*Sensual*) Para mañana siempre es tarde. Hoy caerá sobre su casa toda la fuerza del cosmos. Todos los rayos del firmamento.

VIOLETA: Uy. Parece muy prometedor, señor vendedor.

LEONARDO: (*Esconde la cara entre su pecho*) Las nubes de mi cuerpo se condensan. El frío baja hasta mis pies, el calor sube a la cabeza...

VIOLETA: (*Ríe*) Informe meteorológico...

LEONARDO: Y los rayos se enfilan en la punta de mi sexo. (*Ríen*)

VIOLETA: (*Se separa de pronto*) Oí a mi esposo. ¿Salió de la casa?

LEONARDO: No. Está muy ocupado en la fiesta, hablando de sus finanzas. Mientras su mejor tesoro lo tengo yo.

VIOLETA: (*Juega*) Respeta a mi marido.

LEONARDO: Si tú respetaras a tu hermana...

VIOLETA: Las buenas hermanas, cuñado, debemos prestarnos todo. Siempre y cuando no nos enteremos.

LEONARDO: Entonces a mí también puedes prestarme todo... (*Mete su mano entre la falda*)

También de las sombras y las hojas tropicales emerge Telmo con sus tijeras enormes. Ambos lo miran y se separan.

VIOLETA: Don Telmo... por qué tiene la costumbre de... (*Leonardo presiona su mano para callarla*) ¿Podó esta mañana los rosales?

Telmo asiente, se inclina el sombrero de paja y sale.

LEONARDO: No te apures. Nunca habla. Es de fiar. ¿No?

Un rayo de luz sobre las tijeras.

Cuadro Cuarto

Herbolaria

Antes de que salgan los personajes anteriores se ilumina el lugar, la vegetación tropical se vuelve un tanto más rudimentaria, arbustos y hierbas. Hortensia entra apresurada con su gran libro de pastas de cuero y hojas de amate en el que colecciona y clasifica innumerables muestras vegetales. Tropezó con las tijeras. Los otros salen por distintos lugares.

HORTENSIA: ¿Por qué no dejan las cosas donde deben? Esta parece una casa de locos. ¡Niños! ¿Cómo puedo hacer una botica de todo esto? Hay que clasificar los tarros o todas las especias se me van a confundir. Buena estoy yo para que me cambien las cosas de lugar. Y esta maldita alergia... y el polen flotando por todos lados... (*Se tranquiliza. Ríe*) Pero si esta es la cruz que me has mandado... Seguro es porque puedo con ella.

Entra Porfirio, fuma puro. De camiseta. Renco.

PORFIRIO: El café estaba horrible. Horrible.

HORTENSIA: (*Súbita alegría*) Porfirio. Ya te levantaste. Ah, es que le puse unas hojitas de té. (*Él escupe*) A ver qué salía. A mí me encantó. ¿Qué crees? Me hicieron un pedido de agua de rosas. Telmo me ha macerado los pétalos...

PORFIRIO: ¿Cuánto te van a dar por eso?

HORTENSIA: Ah, no sé. No lo había pensado. Tengo tanto trabajo...

PORFIRIO: Te sientes la importante ¿verdad? Apréndetelo: una cosa es trabajar y otra saber ganar dinero. (*Apaga su puro en una maceta*)

HORTENSIA: Pues sí, ya sé que tú ganabas bien en los ferrocarriles...

PORFIRIO: Pero me fregué la pierna ¿qué quieres? (*Hortensia ha repetido exactamente las mismas palabras que él, como si las hubiese oído un millón de veces*) La mala suerte...

HORTENSIA: La vecina me pidió ruda, resulta que la perra se le embarazó... y el niño de los Juárez vino por hierbabuena porque le salió una postemilla...

PORFIRIO: ¿Cuánto te dieron por eso? *(Del pantalón saca pistola y pañuelo, limpia el arma)*

HORTENSIA: Ay, lo que sea, Porfirio. Hay que abrir el mercado. Darnos a conocer. *(Por el arma)* ¿Tienes que traer esa cosa contigo?

PORFIRIO: No seas ingenua, Hortensia. Todo mundo te ve la cara. Aquí te la pasas regando, plantando yerbas, moviendo macetas, haciendo nada...

HORTENSIA: *(Con la voz quebrada)* Nada ¿dices?

PORFIRIO: *(Que no la oyó)* Y no tenemos ni para comer. Si yo tuviera buena mi pierna.

HORTENSIA: Pero tienes buenas las manos...

PORFIRIO: ¿Y qué quieres? ¿Qué me las enmugre como tú entre las lombrices? Yo tuve un puesto en Ferrocarriles. Un puesto, Hortensia. Tú nunca has sabido lo que es tener un puesto porque jamás has salido de esta casa...

HORTENSIA: Estudié lejos. Casada ya nunca me dejaste... *(Otra cosa)* La sábila se da de maravilla y afuera el limonero está cargado... Voy a vender todo para los fomentos....

PORFIRIO: Un puesto. *(Se guarda el arma)* En este maldito país lleno de ladrones y de muertos de hambre.

HORTENSIA: Tuviste un puesto... y ahora tenemos ocho hijos. La escuela... la ropa... *(Ofendida)* Porfirio, no me digas nada porque me ensucio las manos... *(Entra Telmo. Ella se seca los ojos)* Telmo, mire, llévele este paquete a los González, es manzanilla y clavo... *(Telmo obedece y sale)*

PORFIRIO: A ese viejo ¿cuánto le estas pagando?

HORTENSIA: Nada. Come algo y ya...

PORFIRIO: Se come lo de los niños. No sabes ni de dónde vino y ahí andas recogiendo pordioseros.

HORTENSIA: *(Suspira)* A veces me da la impresión que tiene muchos años aquí... conoce la casa tan bien y el patio... lo siento dentro de los muros... En ocasiones creo que lo vi desde chiquita, antes de que me mandaran lejos... Ese hombre tiene sus raíces metidas bajo los pisos de esta finca... Todo el jardín transpira en él...

PORFIRIO: Además estás loca de remate.

HORTENSIA: *(En tímido atrevimiento)* No, Porfirio, es que yo... tengo mis propios sueños...

PORFIRIO: *(Con sorna)* Más te valiera estar dormida.

Hortensia deja caer el libro y sale rápida. Rayo de luz sobre el libro.

Cuadro Quinto

Sepia

Muro de concreto. Escena sola. Afuera se escucha el canto del tráfico de automóviles. Entra Lila, usa una bata de seda y lleva un sobre de papel manila. Mira el libro en el suelo y lo levanta.

LILA: Por ti la vida sería color sepia. Con lo que adoras las viejas fotografías. ¿Qué es lo que tanto buscas, Eduardo? ¿En realidad deseas ser cronista o estás sólo exhumando secretos? Escarbando entre baúles y hablando con ancianos. ¿Buscas a tus padres? ¿El origen? A veces es mejor desconocerlo. Al menos tú guardas la esperanza de encontrar un buen pasado. Y este libro de tu abuela ¿no te dice demasiado? Aquí están las hojas secas de su vida, como esqueletos de pequeños dinosaurios. Adheridas al papel, incrustadas en el tiempo. Como fósiles prehistóricos. No te vayas tú a volver un fósil vivo.

Entra Eduardo revisando unos papeles amarillentos, cartas, totalmente absorto.

EDUARDO: Ja. Increíble. Leonardo vendía pararrayos, era un vendedor ambulante. Viajaba todo el tiempo, y con él, Violeta, que debió de ser mi ¿bisabuela?, con él engañó a su marido que era un banquero importante; además Leonardo era ... su cuñado. Ja.

LILA: Eduardo ¿tienes tiempo para mí? (*Él no la ha escuchado, sigue absorto*) Eduardo... (*Ella se quita la bata, está completamente desnuda. Dice, fría:*) Eduardo ¿me escuchas? (*Él sigue igual*) Te llegaron estas fotos. (*Eduardo reacciona de inmediato pero no ve su desnudez, toma el sobre*) Fotografías en sepia. (*Ella se vuelve a colocar la bata y sale*)

EDUARDO: (*Mirando una*) Doña Malva... Don Jacinto... al fin nos vemos las caras... (*Mientras va saliendo una fotografía sepia cae al suelo*)

Rayo de luz sobre la fotografía en sepia.

Cuadro Sexto

Semilla

El patio de Malva y Jacinto, aún desértico, con pocas expresiones de flora. Telmo entra y recoge la fotografía, se ve más joven. Mientras tanto, Jacinto acomoda a Malva, de pie, tras un sillón; luego, él mismo se sienta para ser retratado.

Telmo, en un movimiento onírico, dobla la fotografía y la mete dentro de la caja de la cámara fotográfica.

JACINTO: La verán nuestros tataranietos.

MALVA: Qué obsesión con los descendientes.

JACINTO: Qué somos nosotros sino los que nos siguen. Sonría, Malva.

MALVA: ¿Que sonría? ¿Mientras habla de tataranietos y yo no le he podido dar ni un hijo? ¿Cómo quiere?

JACINTO: No va a salir llorando, qué pensarán...

MALVA: No me tortures más con los tatara...

JACINTO: Es sólo una palabra, es más fácil que decir bisnietos, más corto que tatarataranietos y mas bonito que decir chosno...

MALVA: Y menos doloroso que decir hijos, porque no los tenemos. No puedo retratarme con el alma así, seca como mi cuerpo, como el esparto... *(Se escucha el relinchar de un caballo a lo lejos)* Un estropajo.

JACINTO: Espere, amor. *(La detiene, la seduce poco a poco)* Piense por un momento en las gardenias perfumando la casa, racimos de lilas, canastos rebozando de hortensias, en los naranjos cargados de azahares ansiosos por volverse cintas para las novias, tulipanes de Holanda, violetas del África, lirios, campanillas y gladiolas... Todo eso que tanto le gusta, todas ellas están entre sus ojos, su aliento, su cuerpo... ¿ve que no esta seca? *(Malva sonrío, casi llora)* Ahora, Telmo, dispere.

Telmo dispara la fotografía. La nube plateada los envuelve.

JACINTO: Este retrato va a oler al perfume de su patio interior. *(Va hacia Telmo que descubre la cámara y la va guardando)* ¿Quién lo dijera, eh, Telmo? Llego de capataz y ahora es hasta fotógrafo. *(Relincho)* Es hora de que vayamos a atender el parto de esa yegua. *(Telmo sale cargando la cámara)* Malva... ¿no es feliz?

MALVA: Es un niño, Jacinto. Me ha dado todo para serlo. Esta casa, tantos animales, la gente lo quiere y le respeta... Tiene un sol más grande que el sol adentro de su corazón, pero no le he dado... *(Jacinto le cubre los labios con la mano)*

JACINTO: Están allí dentro. Mi semilla germinará en su jardín. Dios abrirá la verja...

MALVA: Jacinto, pasado mañana llega el ferrocarril, vámonos al pueblo. Lléveme a ver a la curandera. Dicen que es muy buena. *(Pausa)* No nos hemos vuelto a subir juntos a ese tren desde que llegamos, usted dijo que nos trajo al paraíso, ahora también nos llevará a la buena suerte. *(Ruega)* Lléveme.

JACINTO: El ferrocarril... *(Silbato lejano. El niega)*

Cuadro Séptimo

Vías

Mientras el escenario se queda vacío y se convierte en una noche rara, poblada de nubes moráceas, entra por un extremo Eduardo con su laptop, escribe; por el otro lado viene Hortensia con una regadera mojando sus plantas, Porfirio la sigue. El silbato lejano de un tren se deja escuchar.

EDUARDO: No hay nada más entrañable que un tren... Porfirio... hiciste una buena carrera en Ferrocarriles Nacionales... hasta pudiste recuperar la casa. Hiciste lo tuyo. Reconquistaste el territorio *(Medita)* y ahora yo lo pierdo. Después del “accidente” te volviste un caracol... te encerraste con tus babas dentro de la concha y mi abuela no tuvo más que seguir y seguir... Finalmente un día

fuiste a comprar abono para la tierra, pero jamás regresaste ¿Abuelo Porfirio, a dónde te metiste?

PORFIRIO: ¡Al diablo! Allí me voy a largar un día y ni me busques, Hortensia, porque huyo de ti, de los hijos desagradecidos...

EDUARDO: ¿Qué te hizo mi papá?

PORFIRIO: Y de ti. De ti y de tus malditas matas.

HORTENSIA: Ya no me duelen tus palabras, Porfirio. Para mí están más secas que el zacate amarillo, muerto de insolación. No tienen ni jugo ni savia.

PORFIRIO: ¿No puedes dejar de hablar de tus odiosas yerbas?

HORTENSIA: No. No puedo. Son mi consuelo y son tu alimento. Además estoy hablando de ti. De lo áspero y agrio y cruel que eres conmigo...

PORFIRIO: Has tenido de todo gracias a mí. Hasta que...

HORTENSIA: Mil veces lo has dicho.

EDUARDO: Hasta que perdió la pierna.

PORFIRIO: Hasta el accidente. Yo tuve un puesto. Cargador, guardavías, ¡maquinista! Un puesto en la oficina. Ascendí más rápido que nadie. Pero esa noche...

HORTENSIA: Estabas borracho.

PORFIRIO: Sólo fue un trago... y una apuesta...

Silbato lejano del tren.

HORTENSIA: Tengo que regar la magnolia...

PORFIRIO: *(Con la voz del pasado, viviendo el momento, alcoholizado)* ¿Le entras o no, compadre? Es como la ruleta rusa. Nos jugamos... ¿la casa? *(Ríe)* ¿el sueldo? ¿el Chevrolet?

Silbato menos lejano. Luz considerable.

PORFIRIO: ¿La mujer, dices?... ¡Nos la jugamos!

Silbato cercano. Luz creciente.

HORTENSIA: Necesito agua para los helechos...

PORFIRIO: ¿Quién iba a pensar?

EDUARDO: Que se te quedara el zapato atorado en medio de las vías.

Ultimo silbato. Luz abrasadora. Estruendo. Grito en off. Porfirio ha quedado trémulo. Hortensia llora.

HORTENSIA: Lo que valgo para ti.

PORFIRIO: *(Llora)* Mi pierna. Nada ha sido lo mismo... *(Con odio)* Y Eduardo...

HORTENSIA: Bastante humillación fue. No niegues al más pequeño de tus hijos...

EDUARDO: *(Mirando sobre la laptop)* Mi padre... ¿Era hijo de una apuesta? *(Cierra la laptop)*

PORFIRIO: *(Imita voz del retador)* Lo siento, compadre, pero la apuesta era salirse de la vía antes de que pasara el tren...

EDUARDO: Pero te quedaste atrapado... *(Sale)*

PORFIRIO: *(Ídem)* Y usted se quedó atorado... y pues, no va a faltar a su palabra ¿verdad?

HORTENSIA: ¡Vete de mi solar! Enfermas a mis plantas. *(Sale)* Qué humillación.

PORFIRIO: Humillación la demanda, la prisión... ser despedido... el hospital un chiquero, la prótesis. Las vías van y vienen sin sentido, antes corría por ellas veloz, echando humo y centellas; ahora corren sobre mí, dejando huellas descarnadas, la sangre empapa durmientes y clavos enormes, vienen, van, trepidantes desollando mi cabeza, incrustándose en mi inutilidad y cerrándose sobre sí mismas, son vías circulares, que giran unas sobre otras, en espiral, de la médula al corazón, de la memoria hasta el hueso destrozado. Esas vías nunca dejan de girar, se me meten por todos lados. Es un círculo de vías sin fin y sin sentido.

Silbato fuertísimo.

Cuadro Octavo

Bonsái

Muro de concreto. Albahaca entra con una vela, cruza, deja la luz en medio de la escena. Sale. Música. Risas afuera. En la penumbra entran danzando los cuerpos desnudos de Lila y Eduardo.

Están felices, pletóricos. Ella trae en sus manos una botella, el carga una pequeña maceta cuadrada con un bonsái. Se sientan alrededor de la candela.

EDUARDO: *(Le besa los nudillos)* Las mujeres son como una fruta; primero flor, después pieza dulce. La piel de durazno, carne de pera, saliva de naranja... *(Ríen, se besan)* Pero una fruta extraordinaria, que en vez de heredar semillas se vuelve un huerto, un Edén... Se dibuja como un pubis de terciopelo verde...

LILA: *(Ríe divertida, dice bajito)* Estás pacheco...

EDUARDO: Cada mes la cubren las hojas tostadas de su propio otoño, como los vendajes de una momia, y el jardín se vuelve infranqueable y por lo mismo más apetecible...

LILA: Llega ya al momento en que lo siembras... Cuando regresa el estío...

EDUARDO: Penetra el jardinero, le hace el amor a la tierra, se tiende y se cobija con una manta tejida de musgo y alas de catarinas muertas...

LILA: *(Sonríe)* Deja su semilla...

EDUARDO: Y, como el nacimiento de un ancestral dios egipcio, nace, en medio de un loto...un niño. *(La abraza por el vientre)*

LILA: Guau. *(Ríen)* No volvemos a fumar. Es malo para el bebé. *(Ríe)* De verdad.

EDUARDO: Te traje este bonsái para celebrar. En él se encuentra el mundo y el tiempo, ambos resumidos, milenarios. *(Suspira)* Cómo me gustaría tener un patio enorme. Que sus muros se bebieran el ruido citadino y nos dejaran un mundo aparte. Un oasis para los tres.

LILA: Por lo pronto tenemos... un bonsái.

EDUARDO: Aquí estaba lleno de verde ¿sabías? Fue desierto, parcela, jardín, invernadero y hasta el patio que mantuvo viva la botica de mi abuela. Luego vino el concreto. Pero yo lo haré crecer de nuevo ¡Como los jardines de Alejandría! *(Ríen)* Digo, de Babilonia. Ya hemos comenzado. *(Levanta el bonsái sobre su cabeza)* ¿Le ponemos Antonio?

LILA: ¿Toño? ¿Por qué?

EDUARDO: Porque no me recuerda a nadie. *(Ríen. Apagan la vela)*

Un rayo de luz sobre el bonsái.

Cuadro Noveno

Comunión

El invernadero. Es de día. Entra Violeta, un cigarro en la mano derecha, un velo de tul bordado en la izquierda. Tras una pausa entra Albahaca.

ALBAHACA: ¿Te gusta, mamá? ¿Te gusta?

VIOLETA: *(Le hace volantín)* Me encantas. Estás preciosa. Eres una princesa.

ALBAHACA: *(Mientras le coloca el velo)* Ya vi mi pastel, es tan blanco. Parece todo de azúcar y de leche. Pero no probé el betún ni siquiera con el dedo, porque tengo que ayunar...

VIOLETA: Quieta. No te muevas.

ALBAHACA: Van a venir mis amigas. Ayer me confesé y dije todos mis pecados; pero dijo el padre que esos no llegaban a ser pecados. *(Ríen)* Que si me he portado mal contigo nada más te pida perdón. *(Feliz)* ¿Me perdonas, mamá?

VIOLETA: *(La besa)* Te adoro. Eres como una novia chiquita. *(Campanas)*

ALBAHACA: Mamá, ya deberíamos estar en la iglesia...

VIOLETA: *(Ríe)* Ya nos vamos...

Súbitamente se hace de noche, la oscuridad cae como una piedra en el fango.

LEONARDO: ¿Adónde vamos?

VIOLETA: ¿Eh?

LEONARDO: ¿Con quién hablas?

ALBAHACA: Mi primera comunión, mamá... Vámonos.

VIOLETA: La niña... Mi Albahaca.

LEONARDO: Albahaca está muerta.

VIOLETA: ¡Ya lo sé, imbécil!

ALBAHACA: Mamá, la iglesia...

VIOLETA: Me estoy volviendo loca.

ALBAHACA: Mamá, el padre... me dijo que no eran pecados...

LEONARDO: Ya perdónate.

ALBAHACA: Mi pastel de azúcar y de leche... tan blanco.

VIOLETA: ¿Cómo? ¿Cómo podría perdonarme si la niña la traigo entre las venas? El tul de su vestido me araña la cara...

ALBAHACA: Mamá, las campanas...

VIOLETA: Sus manitas con guantes de raso me acarician el cuello en la noche... me canta en el oído con un soplo helado...

ALBAHACA: Mamá ¿es que no me perdonaste?

LEONARDO: Si sigues así de mal, no me volverás a ver. Yo tengo la culpa.

VIOLETA: No necesito verte para seguir así de mal y volverme peor. No necesito tenerte a mi lado como un bulto lleno de nada para volverme más loca, para que Albahaca se me siga apareciendo entre las sábanas y el vapor de la regadera....

ALBAHACA: Mamá, perdóname...

VIOLETA: Cada vez que veo el agua: las gotas en los azulejos, los residuos en los platos, los grifos del jardín... Todo es Albahaca metida en ese pozo, ahogada en esa cisterna maldita. Una niña blanca abrazada por el verde del cieno, de las ramas sumergidas, de la lama y los desechos...masticada por las ranas... ¡Y todo por nosotros! *(Se abalanza sobre él y lo golpea hasta que se agota)* Por tu carne. Por tu sexo. Por tus rayos enfilados en la punta de tu miembro.

ALBAHACA: Sácame del agua, mamá.

LEONARDO: *(Llora)* Tú me besaste. Un solo beso esa mañana lo echó todo a perder. Si la niña no nos hubiera visto, pero corrió como loca...

VIOLETA: *(Llora, se separa de él)* Vete.

LEONARDO: Y ahora tú estás peor que ella. *(Antes de salir)* Nadie, nunca, te va a querer como yo. *(Sale)*

ALBAHACA: ¿Me perdonas, mamá? *(Se lleva el bonsái)*

Cuadro Décimo

Semilla II

El patio de Malva más verde, con plantas regionales y pocas flores. Irrumpe Jacinto con sus carcajadas, entra dando traspiés y con una botella de tequila en mano; como nunca su ropa está desacomodada. Ríe, llora y bebe; bebe, llora y ríe. Da de palmadas en la tierra, toma puños de ella y la lanza para todas partes haciendo remolinos.

JACINTO: *(Grita)*¡A volar terruños! Que la tierra pueble el cielo. Que las nubes se metan bajo las piedras y las lajas vuelen como urracas de granito negro.

(*Ríe*) Total. Todo está revuelto. (*Llora*) Que un pájaro se cruce con un lagarto y las arañas le hagan el amor a las nopaleras. (*Ríe*) Total.

Entra Malva, su embarazo, de algunos meses, es notable.

MALVA: Ya estuvo bueno, Jacinto. Usted no sabe tomar.

JACINTO: (*Bebe*) Mi calabaza llena de piedras. Ja. Mi luna rellena de borregos podridos... (*Hace una cornetilla. Ríe. Se echa de plano en la tierra y sigue golpeándola*)

MALVA: ¡Le digo que ya está bueno! (*Trata de detenerlo*)

Jacinto se escurre entre risas y sollozos.

JACINTO: ¡Mi manzana, casa de gusanos! ¡A volar terruños que la tierra está patas arriba!

MALVA: (*Vencida*) Por favor, Jacinto, ya no diga esas cosas tan horribles... ¿quiere que me mate?

JACINTO: (*Borracho, sincero*) No; es que si antes sólo le dije cosas buenas y salió todo tan mal... A ver si ahora sale bien...

MALVA: Ya nada va a estar bien. Ya estoy apestada. O me mata o me voy. Me duele el corazón.

JACINTO: (*Profundo, dándole a las palabras otro sentido del cual no encuentra el lenguaje*) A volar terruños de tierra... puñados de azúcar negra...lodo de la nada... que mi mundo está patas desconocidas...

MALVA: (*Para ella*) Jacinto. Ya te me volviste loco.

Entra Telmo.

JACINTO: (*Recobra su vigor*) Ah, el infalible Telmo; capataz, herrador, fontanero, carpintero, cazador, sembrador, el callado jardinero Telmo. (*Lo enfrenta cara a cara*) El infranqueable, innegable, insospechable, inaccesible, inexorable... (*Llega hasta él y lo golpea en el pecho de acero*) Soy un imbécil bien imbécil. (*Ríe. Bebe*)

MALVA: La curandera me lo dijo. (*De aquí en adelante se tutean*) Tú no tienes buena semilla...

JACINTO: Las brujas ahora son profetas. ¡Y tú se lo creíste!

MALVA: Aquí tienes la prueba, en mis entrañas. Bastó con una vez.

JACINTO: (*A Telmo en otro tono*) El semental, el gallo... el infeliz, el infiel Telmo. (*Lo escupe en la cara, Telmo no se mueve*) ¿Cómo no lo supe antes?

MALVA: Yo se lo pedí. Le rogué. Por ti. (*Pausa*) Tú sin tus hijos... y tus tataranietos... no serás alguien jamás... ¿Qué si nunca lo hubieras sabido? Pero ya lo sabes. No soy la buena que creías.

JACINTO: *(Rotundo)* No.
MALVA: Mañana pasa el tren. Mañana me voy. Telmo también...
JACINTO: *(Ríe, doloroso)* ¿Juntos?
MALVA: No. Ni caballo quiere. Se va por su lado, sin nada y ya.
JACINTO: No. Nadie se va. *(Se miran)* Los odio. *(Pausa)* Pero nadie se va...
MALVA: Jacinto...
JACINTO: Telmo, que metan a las vacas en el corral... Malva, hoy quiero... Hoy no se que quiero... Nadie se va. *(Medita)* Las brujas ahora son profetas. *(Bebe)* Y todos vamos a tener un hijo.

Cuadro Décimo Primero

Salamandra

Antes de que los personajes del cuadro anterior desaparezcan vuelve a escucharse el ruido de la estática, entra veloz Eduardo en su bicicleta de montaña, navega entre ellos imperceptible hasta que se queda solo. Se quita casco y lentes deportivos, bebe ávidamente. El silbar del viento lo acompaña.

EDUARDO: Cuando vengo a las montañas me reencuentro. No porque haya crecido entre las piedras y los pinos, sino porque desde aquí puedo divisar el terreno de mi casa. Un panal tejido con acero, piedra y vidrio. Desde aquí rescato el centro de mi universo. Imagino cómo estaba hace más de un siglo. Ahora es un huevo gris y estéril que a todos nos ahoga. *(Bebe)* Dime, tú, padre *(Sonríe irónico)*, hijo de una apuesta, ¿cómo pudiste arrasar con el jardín de los abuelos para elevar apartamentos donde habitamos sólo seres caídos de la Torre de Babel? *(Pausa)* Si tu y mi madre no se hubieran ido en el accidente... estando yo tan niño... quizá me lo dirías. *(Bebe)* Este que me habla y veo en las montañas no soy yo. Es otra vez mi paralelo que se escapa hacia la nada, ese que se mete en los relojes detenidos y hurga entre las hojas de mi viejo árbol genealógico. Sin duda visita a mis ancestros pero es tan celoso que jamás me devela sus secretos. *(Se quita la parte superior del traje, se vacía el resto del agua sobre la cabeza)* Después ya no soy ninguno de los dos, logro ser nadie. Por eso vengo a las montañas. Aquí puedo besar al viento, abrazar el silencio, penetro a lo más íntimo de mí. No recuerdo a nadie. El tiempo aquí no existe. *(El sol al fondo lo muestra como una silueta)* Le hago el amor al sol. Me acuesto con la tierra. *(Se lleva las manos al sexo)* Aquí soy una salamandra que se mete al fuego y no se quema. Y cuando termino... *(Clímax)* Cuando termino es ya de noche... y mi esencia ha parido otra vez a la Vía Láctea.

Al fondo, por un momento, se dibuja un manto de estrellas.

Cuadro Décimo Segundo

Marchitar

Invernadero, patio de botica. Entra Hortensia, años más vieja, abrazando su libro de muestras. Eduardo monta su bicicleta y la observa.

HORTENSIA: *(Lee, anota, recuerda, confunde)* Té de eucalipto, agua de hojas de jamaica, té negro, tejocote, tabachín, gordolobo... *(Ríe)* Y se atreve a decir que nada se da en mi jardín. ¿Y todos estos tarros? ¿Y todos estos pomos? ¿Y las botellas repletas de aceites y perfumes? Y lo que no se da me lo mandan. ¿Cuántos niños no he sanado? ¿A cuántas viejas no les he quitado yo sus manchas? Nadie puede enumerar la cantidad de parturientas a las que pude yo ayudar... *(Siente la presencia de Eduardo)* Aquí hay espantos que se adelantan a su tiempo. Son fantasmas del mañana. *(Eduardo sale rápido. Ella continúa)* Pulpa de tamarindo para hacer refresco, miel de abeja real... Tila para dormir. *(Exhausta)* A veces quisiera beberme toda la tila del mundo. Y quedarme soñando por siempre. Soñándome en el convento y con mi jardín en medio de las monjas...

Entra Porfirio, mucho más viejo pero no débil.

PORFIRIO: Horrible. El café esta horrible.

HORTENSIA: *(Continúa con su labor)* Hoy tampoco le puse nada. Hace siglos que no le pongo nada.

PORFIRIO: Por eso está horrible. *(Angustiado)* Anoche soñé que iba en mi locomotora... y de pronto las vías, esas que siempre están dando vueltas, se habían oxidado y, antes de pasar las ruedas, se descascaraban, se partían crujiendo como varas secas y el tren salía volando entre llamas, grava y rieles retorcidos...

HORTENSIA: Ese sueño me lo has contado mil veces...

PORFIRIO: Pero anoche tú también ibas en el tren...

HORTENSIA: *(Nerviosa)* Déjame trabajar. Van a venir a recoger...

PORFIRIO: Hoy vamos a morirnos, Hortensia.

HORTENSIA: *(Evade y trata de ocultar su miedo)* Nomás quitándome las horas; este tiempo tan precioso, tiempo de floración, de germinar, de...

PORFIRIO: Ya lo sé, gracias a tus yerbas les dimos escuela y los casamos a todos, hasta a ese ultimo... que de haber querido te hubieras negado...

HORTENSIA: *(Lo mira de frente)* Tengo oídos de roble seco.

PORFIRIO: Hoy me muero, Hortensia... *(Saca su pistola)* Pero no me voy a morir solo. *(Angustiado)* Tengo miedo. Miedo de vivir, miedo de morir, miedo de dudar... ¿A qué me quedo?...

HORTENSIA: *(Llorando)* Yo no tengo miedo... yo quiero vivir...

PORFIRIO: ¿Para que? Estás vieja. Sola. Inútil. Loca. *(Le coloca la pistola en medio de la frente)* No me puedo morir solo... tú vienes conmigo. *(Ella ya no puede hablar. Él la va llevando fuera de escena)* ¿De qué te sirven tus yerbas? ¿De que me sirven los ferrocarriles? Sirve más esta pistola... *(Salen)* Hortensia... Hortensia...

Silencio. Detonación fuera de escena.

Cuadro Décimo Tercero

Hortensias

Invernadero exótico. Por el extremo contrario al que salieron los anteriores entran Violeta y Leonardo, ella bebe un martini. Música lejana, algo como un charleston decadente.

LEONARDO: ¿Hortensia?

VIOLETA: Ajá.

LEONARDO: *(Confirma.)* Hortensia. Bonito nombre.

VIOLETA: Me gustan esas flores.

LEONARDO: No son horas para tomar martinis.

VIOLETA: Me importan más los martinis que las horas. El reloj, en vez de números debería tener martinis y todos deberíamos ser abstemios de las horas. La vida sería más feliz.

LEONARDO: Hay vidas felices sin martinis y sin horas. Las nuestras no.

VIOLETA: Además, señor vendedor de pararrayos... *(Rabia repentina)* ¿A quién en el mundo se le ocurre vender pararrayos de pueblo en pueblo? En ningún lugar que has podido vender uno ha caído jamás un rayo. Es la profesión más estúpida que conozco.

LEONARDO: Hasta hoy te das cuenta.

VIOLETA: Siempre lo supe. *(Lo mira)* Pero tu sexo era más fuerte.

LEONARDO: Ahora...

VIOLETA: Además debo confesarte algo de una buena vez. La niña, Hortensia, no es de mi marido...

LEONARDO: *(Con una súbita esperanza)* ¿Mía?

VIOLETA: Tampoco. *(Silencio)* Por eso, en cuanto sea un poco mayorcita, la voy a mandar a un convento. *(Pausa, bebe)* Desde hace años te dije que te fueras.

LEONARDO: *(Yéndose)* Te vas a quedar sola. *(Sale)*

Por la parte del fondo Albahaca cruza jugando con su velo de tul y cantando algo indistinguible.

VIOLETA: No, no creas. *(Bebe el resto del martini y sale)*

Cuadro Décimo Cuarto

Secretos

Escena vacía. Un tránsito de Eduardo que cruza sosteniendo una serie de documentos añejos y polvorientos.

EDUARDO: A veces me siento como ese historiador que, en la oscuridad total, juega a deslizar sus dedos por los miles de libros de su biblioteca hasta encontrar, sólo con el tacto y el olor, aquel volumen que desea. Este que no soy, el paralelo, puede ver al otro que sí es, el que está perdiendo a Lila, el que tiene un hijo y no lo cree, el que quiere ser cronista pero no tiene el valor y se queda con el sueño de poseer toda la historia. A veces creo que hay secretos que no debemos descubrir. *(Mira los papeles)* ¿A dónde fuiste? ¿Cuántos años viviste? ¿Quién te sepultó?... *(Sale)*

Cuadro Décimo Quinto

Misterio

Desierto poblado de buganvillas, los colores de todas las variedades se mezclan como una pintura surrealista. Telmo lleva en brazos a Jacinto que, aunque viste de traje, está desaseado. Lo coloca sobre el suelo, cuando está por retirarse, Jacinto se reclina y le arrebató la botella que el criado le había quitado. Malva entra por el fondo, en una mantilla oculta al niño que no veremos. Telmo sale. Ella se sienta junto a Jacinto que tras beber vuelve a hacerse un ovillo.

MALVA: Eres tan bueno, que si San José te conociera, en vez de tener una vara de nardo, tendría una varita de Jacinto. *(Suspira profundamente)* Aquí te quedas con tu palacio de adobe que ya te llené de geranios, con tu ganado y tu acequia, para que echen raíces tu sangre y tu nombre. Aquí te estarás por siglos hasta que bailen entre tus huesos tus tataranietos. Ojalá y les importe quién fuiste. *(Sonríe)* Cuando seas fantasma méteteles entre sus cuerpos y tócales el corazón. Nadie jamás me va a creer, ni siquiera tú. Por eso nadie va a saber a dónde me fui, ni cuántos años viví ni quién me sepultó, para que quede bien limpio tu apellido. *(Acomoda el niño entre los brazos de él)* Te heredo los perfumes de mis flores y las frutas de la huerta, te regalo los buenos recuerdos y todas mis sonrisas. *(Se escucha, a lo lejos, el ferrocarril)* Y es que no puedo con tu dolor, tu tequila y tu locura... Me voy a buscar ese horizonte que no veo...

Malva se aleja lentamente en dirección al fondo, de allá viene Albahaca jugando con su velo, se miran, Malva siente un escalofrío, finalmente sale. La luz indica que el tiempo ha pasado.

ALBAHACA: Mamá dice que yo soy la culpa.

Un rayo de luz sobre la botella que Jacinto ha dejado.

JACINTO: *(Se ha levantado cargando al niño, va donde está Telmo)* Le gustó la leche de burra...

ALBAHACA: Pero soy nada más una niña que se cayó en el agua verde y fría.

JACINTO: Más con azúcar. No se nos va a morir. *(Sonríe, levanta al niño sobre su cabeza)* Soy un idiota... pero creo que se parece a mí.

Entra Violeta, parece extraviada. Violeta y Albahaca vibran en un tiempo distinto al de Jacinto y Telmo.

ALBAHACA: ¿Te gusta, mamá? ¿Te gusta?

VIOLETA: *(Le hace volantín)* Me encantas. Estás preciosa. Eres una princesa.

JACINTO: Para su bautizo le mandaré hacer un ropón muy blanco... Llenará de luz toda la iglesia.

ALBAHACA: *(Mientras le coloca el velo)* Ya vi mi pastel, es tan blanco.

JACINTO: Mi hijo me va a dar muchos nietos... nomás es cuestión de esperar... *(Vuelve a abrazar al niño)* ¿Qué horizontes se iría a buscar?

ALBAHACA: Parece que es todo de azúcar y de leche....

VIOLETA: Quieta. No te muevas. *(Campanas lejanas, irreales)*

JACINTO: Nos dejó, Telmo. Malva nos ha dejado para siempre.

ALBAHACA: Se hace tarde, mamá. ¿Nos vamos?

JACINTO: Una sola cosa te digo, Telmo: éste nomás es hijo mío. Podrá venir otra esposa, llegarán muchos niños, pero éste es el primero. Y nada más mío. *(Telmo inclina la cabeza)*

VIOLETA: *(Decidida, profunda)* Vámonos.

JACINTO: *(Natural)* Ya no es suficiente la acequia, ni la noria, mañana comenzamos a cavar un pozo grande...

VIOLETA: ¿A la iglesia?

JACINTO: Para meter mucha agua, toda la que le dará vida a mi casa; el tapete verde de mis parcelas llegara hasta los cerros, necesito mucha agua para eso... un pozo grande...

ALBAHACA: A un templo verde y frío, lleno de burbujas...

JACINTO: Ese pozo estará lleno de vida...

VIOLETA: ¿Una iglesia llena de muerte?

ALBAHACA: No. Un templo verde lleno de paz.

JACINTO: Para que todo brote y retoñe...

VIOLETA: *(Trémula)* ¿Voy a estar contigo?

JACINTO: Ya nadie se va a marchar.

ALBAHACA: Vamos a estar juntas.

JACINTO: *(Saliendo con Telmo)* Un pozo grande para olvidar todas las penas.

VIOLETA: *(Saliendo con Albahaca)* Un templo verde para ahogar todas las culpas.

Cuadro Décimo Sexto

Rayo

Nubes grises, silba el viento. Desde el fondo viene a paso lento, descalzo, Leonardo, camisa y pantalón arremangados. En su mano izquierda sostiene un largo tubo que raya la tierra, toma la botella que dejó Jacinto y bebe.

LEONARDO: El espacio no tiene tamaño, es redondo como un globo y se mete en sí mismo hasta volverse un punto chiquitito. ¿Quién puede medir el universo? *(Bebe. Lloro)* El que sea un simple vendedor de pararrayos no me priva de poder abrazar con mi mente las constelaciones. *(Grita)* ¿Qué saben todos? *(Susurra)* Si las esferas celestes, a través de las millaradas de años, vuelven a encontrarse bailando en sus órbitas... ¿cómo es que tú y yo no volvamos a mirarnos? Mándame un rayo. *(Bebe)* Nuestra cita está pendiente a través de los tiempos y las vidas, en esos anillos que giran como múltiples astrolabios vertiginosos... por allí nos veremos, o si no, nos sentiremos, cuando seamos humo, almas, energía... Quiero un rayo que me eleve hasta los astros, que se detone en mi cabeza y me atravesase hasta los dedos de mis pies para que me arrastre a lo profundo y verde oscuro de tu casa eterna... *(Truenos, comienza la lluvia)* Somos breves puntos negros si nos miran desde las estrellas... somos nada en esta estúpida carrera sin sentido de la vida, en estos círculos sin fin bajo planetas inalcanzables... Por eso quiero un rayo. ¡Necesito un rayo! Para alcanzarte en los anillos de Saturno, en las lunas de Plutón... para pasear contigo entre las nebulosas... *(Se va alejando al fondo alzando el pararrayos)* Un rayo... tan sólo quiero... un rayo.

Cuadro Décimo Séptimo

Abono

El patio de la botica. Los arbustos en su mayoría están marchitos, en los potes y macetas sólo se encuentran vestigios de yerbas y ramas muertas. Hortensia, mucho más vieja, usa unas gruesas gafas de gran aumento, abraza un ramo de rosas secas que se le desmoronan entre los dedos. Telmo le pone una silla de paja.

HORTENSIA: Sí, Telmo, el mejor abono para las plantas es el amor. Claro, combinado con el estiércol... y yo puse del mejor. Qué verdes están mis matas, viven en una primavera eterna. No más tijeras asesinas. *(Suspira)* Yo pude haberme quedado lejos, allá con las monjas, tan contenta... Pero la vida me trajo un ferrocarrilero y ocho árboles frutales. Sus ramas ya se metieron en huertos ajenos y terrazas con sol. ¿Sembraste las semillas? *(Telmo asiente)* ¿Quemaste bien la cosa esa? *(Telmo asiente)* Siempre se quejó de mi café y

de todo... bueno del café tenía razón. Tantos años preparándoselo...hasta que le cayó bien. (*Sonríe*) Su balazo nomás me tronchó el árbol de aguacate. (*Ríe*) Cayeron como bombas verdes con hueso y se hicieron mantequilla en su cabeza. ¿Desyerbaste el patio? (*Telmo asiente*) No quiero que salgan víboras... (*Sonríe*) Esas que se meten debajo de la tierra; por eso tú y yo Telmito... (*Seña de hacer silencio*) Calladitos. Que no lo sepan ni las flores, que al cabo que lo enterramos de noche. Vas a ver que va a reverdecer bonito. ¿Quemaste bien la prótesis? (*Telmo asiente*) Los rosales arriba de su tumba están llenos de botones, son rosas negras... pero bonitas. Ya se pintarán con el tiempo. Acuérdate, Telmo, calladitos. “El señor se fue a comprar abono... y no volvió jamás”. Tráeme mi libro grande, el de botánica, donde tengo todas mis muestras... voy a poner estos pétalos de rosas negras.

Cuadro Décimo Octavo

Menage

Muro de concreto. Eduardo, vistiendo su traje de ciclista, lleva en sus manos el bonsái ahora seco.

EDUARDO: Sembré un árbol y se secó. Tuve un hijo y Lila se lo llevó.

Entra Lila con un pequeño veliz y la laptop.

LILA: Mas vale que saques tus cosas. No te has llevado nada. (*Pausa*) No estaremos con mi familia... es decir, Toño se quedará allí unos meses. Yo... Yo me voy con ella.

EDUARDO: (*Sonríe irónico*) Con la que te dio asco... Ja. Con la que te obligué.

LILA: En ella encontré lo que no... (*Desiste*) Ha dejado todo por mí.

EDUARDO: (*Ídem*) Uno nunca puede saber las consecuencias de un *menage*.

LILA: Pensé que con eso nos salvaríamos. Veo que no. (*Triste*) Carajo. Si no lo ibas a soportar para qué lo provocaste. (*Eduardo se alza de hombros*) ¿Qué nos pasó? (*Su voz se quiebra*) ¿Qué hacemos aquí, en este cubo de concreto?

EDUARDO: Cerramos el último capítulo. Detenemos el péndulo. Congelamos la nostalgia.

LILA: Eduardo... (*Lo besa rápida en la frente, inicia mutis*)

EDUARDO: Lila (*Pausa*) Llévatelo. (*Le tiende el bonsái, ella lo toma*) Aquí se acaba mi jardín. (*Lila sale*) Sembré un árbol y se secó. Tuve un hijo y Lila se lo llevó. El libro ya no lo voy a escribir... que se quede todo perdido en la ignorancia (*Abre su laptop*) ¿A quién le importan mis bisabuelos y mis tataranietos? ¿A quién le interesa el jardín perdido bajo el asfalto de la avenida? Borremos todo. (*Presiona una tecla*) Así nunca existió nada, ni tierra, ni verde, ni

culpas, ni amor. *(Cierra su laptop, de su bolsillo saca una navaja plata y brillante)* Cortemos el futuro y el pasado.

Sale, junto con Eduardo, el muro de concreto.

Cuadro Décimo Noveno

Fantasma

Desde la penumbra avanza Telmo con la vieja maquina de escribir de Jacinto.

TELMO: *(Voz áspera, profunda, plagada de tiempo)* No soy un fantasma. Soy nomás Telmo... el hijo de Telmo, nieto de Telmo, bisnieto de Telmo... pero nadie se ha dado cuenta. Hemos ido y venido con el tiempo, hemos regresado al mismo lugar y a ellos les parece que somos nuevos, que estamos por primera vez... Y es que nunca, de verdad, toman en cuenta a los criados.

Jacinto cruza con su bebé.

JACINTO: Nadie. Jamás. Debe saber que mi hijo es hijo tuyo. *(Sale)*

Hortensia cruza con las tijeras.

HORTENSIA: Por eso tú y yo, Telmito, callados... Calladitos. *(Sale)*

Lila cruza con su maleta.

LILA: Viejo malagradecido. Se fue sin avisar. *(Sale)*

TELMO: Telmo padre. Telmo cómplice. Telmo malagradecido.

Por el fondo Albahaca lleva de la mano a Violeta.

VIOLETA: Al fin. La luz. *(Salen)*

TELMO: Telmo testigo de los suicidas. *(Pone la máquina de escribir al centro de la escena)* La parquedad nos ha hecho invisibles. Mudos. Si Eduardo se hubiera dado cuenta... *(Entra Eduardo con su laptop)* Yo le habría contestado todas sus preguntas, le hubiera contado todas las historias... Pero quizá valen más si las descubre por sí solo. *(Sale)*

Cuadro Vigésimo

A dos tintas

Eduardo se sienta frente a su laptop dando la espalda a la máquina.

EDUARDO: Hoy escribo la última línea para un libro nuevo que nadie leerá. Con la tinta roja que riega todos los jardines de mi pasado (*Saca su navaja y se corta en la muñeca izquierda, deja escurrir la sangre sobre la pantalla*)

Jacinto entra con una hoja de papel muy blanca, albeante.

JACINTO: Hoy escribo la primera historia, un cuento sobre mis raíces en la tierra áspera, regadas con la sal de mis ojos. (*Se sienta frente a su maquina, espalda a espalda con Eduardo*)

EDUARDO: (*Escribe*) Si no sé de quiénes vengo, navego en un bote de velas negras sobre el desierto de lo desconocido... Me pierdo...

JACINTO: (*Teclea*) Me pierdo en un bosque de melancolía. No puedo sembrar mis semillas-raíces en terreno seguro. Estoy anidando...

EDUARDO: Anidando en un pantano. Buscando el equilibrio en medio de un manglar lleno de podredumbre y moscos asesinos; la piel...

JACINTO: La piel se me ha resquebrajado como la tierra del desierto, exhumando mis huesos como estos de elefantes olvidados... La piel...

EDUARDO: La piel se me ha puesto verde, verde musgo y me asfixia, me envenena como una ortiguilla en una danza lenta que acaba por tragarme igual que una planta papamoscas. Sin embargo...

JACINTO: Sin embargo, aunque mi llanto humedece y borra este manuscrito, existe la danza de la muerte y de la vida...

EDUARDO: La danza de la vida...

Música. Alrededor de ambos danzan en parejas Hortensia y Porfirio, Leonardo y Violeta; solas bailan Malva y Lila. En la danza predomina la alegría y la esperanza.

MALVA: (*Al imaginario Jacinto que baila con ella*) Así que me ofrece una finca en medio del desierto.

JACINTO: (*Tecleando*) Con un horizonte hermoso para usted sola.

HORTENSIA: ¿Trabaja en los ferrocarriles, Porfirio?

PORFIRIO: Estaría orgullosa de mí. Permítame demostrárselo.

HORTENSIA: (*Soñadora*) ¡A mí me fascinan las plantas!

PORFIRIO: (*Feliz*) A mí también. Una flor perfumada como usted, Hortensia, merece un gran jardín. ¡Yo se lo pondré!

LEONARDO: Soy tu cuñado. Tu marido me estima.

VIOLETA: No me importa. Quiero comerte.

LEONARDO: Te bajaré todas las tormentas del firmamento. Seremos una descarga.

VIOLETA: Tómame. Ya. Ahora.

LILA: (*Al imaginario Eduardo que danza con ella*) De acuerdo: tú también me gustas. (*Ríe*) Sólo quiero un hijo y... fidelidad. Ya no está de moda pero... eso quiero. Tú ¿qué quieres?

EDUARDO: *(Vaciando su sangre en la laptop)* Quiero ser yo... sin ser los demás.

La danza se detiene. Eduardo y Jacinto se vuelven y se miran, intercambian máquina por laptop y vuelven a los teclados.

Epílogo

Círculos de amor y muerte

JACINTO: El árbol genealógico comenzó a crecer...

EDUARDO: Pero no fue un árbol derecho, está pleno de fracturas, horadado por las penas, tronchado por la muerte, tallado por la mentira, esculpido por la pasión... al fin y al cabo ¿quién podría presumir de un árbol perfecto? En lo torcido de las ramas se encuentra la savia de la vida.

Los personajes han salido. Eduardo y Jacinto están sentados en un charco de sangre.

JACINTO: Espirales de polvo, circunferencias de sueños, redondeles de penas... Círculos de amor...

EDUARDO: *(Cada vez más débil)* Anillos del tiempo. Giros de rieles, circunnavegación de lluvias y de rayos...

JACINTO: Orbitas de astros, circuncisión de corazones, circunloquio de palabras huecas..

EDUARDO: Círculos de amor...

JACINTO: Y muerte. *(Muere)*

El fantasma de Jacinto abraza el cadáver de Eduardo en un círculo de sangre. Un rayo de luz sobre ellos.

Oscuro.

Monterrey, Octubre-noviembre de 2002.